

« un prosélito. Tampoco falta quien asegure, que son ellos los que  
« le impiden el enlazarse con la hermana del soberano de Fran-  
« cia. No dudo que estos rumores habrán llegado á oídos de Vues-  
« tra Paternidad, y que tratará de poner remedio, porque no pue-  
« do persuadirme que ninguno de los nuestros emprenda cosa al-  
« guna que se oponga á la razon, ó que no sea conveniente en  
« las actuales circunstancias. Por lo demás, veria con sumo dis-  
« gusto el que hubiesen dado motivo, ó alguna justa razon á la  
« maledicencia y las hablillas de los enemigos de la Sociedad,  
« puesto que me hallo convencido de que nada puede perjudicar  
« mas su reputacion, que ver á nuestros religiosos entrometerse  
« en los asuntos de los príncipes y de la administracion pública.  
« En el nombre de Dios, padre mio, os suplico que vuestra pater-  
« nal vigilancia haga observar la pragmática que prohíbe á los  
« nuestros la residencia en las cortes de los monarcas. »

Esta carta, como las demás que hemos citado y seguiremos ci-  
tando en el curso de esta historia, no estaba destinada á ver la  
luz pública; pero pone tan á las claras la política de los Jesuitas,  
que nos ha parecido un documento irrefragable, puestó que de-  
muestra hasta la evidencia que, prescindiendo del Portugal, ja-  
más habian soñado los Padres lo que Pasquier y los Protestantes  
de Alemania trataron de imputarles. Resta saber ahora, si en el  
reino fidelísimo, quisieron poner por obra la idea de ambicion y  
de dominio que se les supone.

El Portugal en aquella época no era un reino dividido en frac-  
ciones, arruinado y empobrecido; ni aparecia en el mapa del glo-  
bo como una especie de factoría á donde los navíos ingleses im-  
portan la hez de sus manufacturas, y organizan el contrabando de  
las Constituciones: habia pujanza en el trono, valor en la noble-  
za, energía en el pueblo, y una insaciable ambicion en todos; to-  
dos aspiraban á engrandecerse mas de lo que les habia engran-  
decido la naturaleza. Situados en el confin de la Europa, es ver-  
dad que no podian proyectar la conquista de sus vecinos; pero  
en cambio marchaban á la de nuevos mundos: si el continente  
europeo interceptaba el paso á sus gloriosos designios, se les fran-  
queaban nuevos caminos á través de los océanos, siendo para ellos  
Lisboa la metrópoli de un imperio, cuya extension median los  
portugueses en proporcion de las riquezas que los émulos del  
gran Alburquerque importaban á las riberas del Tajo.

Ahora bien; suponer que este pueblo tan orgulloso á la sazón,  
y tan pagado de sus derechos, habia de consentir en dejárselos  
usurpar por unos religiosos, aun cuando fuesen los Jesuitas, per-  
mitiéndoles disponer á su arbitrio de la corona ó repartirse el rei-  
no; ¿no fuera exagerar la inverosimilitud hasta lo infinito? ¿Es  
posible admitir que los Jesuitas de Portugal concibiesen semejante  
idea, y que trabajasen en realizarla, inspirando á D. Sebastian  
una decidida aversion al matrimonio? Una carta del mismo Luis  
Gonzalvo de Cámara al cardenal Rusticucci, explica mejor que  
nada su posicion.

« Nadie desea mas que yo, escribe el Jesuita, ver al Rey em-  
« peñado en los vínculos de un enlace honorífico, ora con el obje-  
« to de que no llegue á extinguirse por falta de posteridad una real  
« familia que tanto ha merecido de la Religion y de la Compañía,  
« como porque la virtud de D. Sebastian, por cuya conservacion  
« he consagrado tantas vigiliass, encuentre una fortaleza en las  
« barreras santas del matrimonio. El no haber podido hasta ahora  
« ejecutar los designios del Papa, estriba en que el Rey habia de-  
« seado enlazarse con una de las hijas del emperador Maximilia-  
« no; mas luego que una de ellas pasó á ser la esposa del rey ca-  
« tólico Felipe II, y la otra del rey cristianísimo Carlos IX, le  
« insté diferentes veces á que enviase sus embajadores á la corte  
« de Francia lo mas pronto posible, para que solicitasen la mano  
« de la princesa Margarita. Pero, disgustado el Príncipe de no  
« haber podido obtener una esposa en la familia del Emperador,  
« no ha consentido tan pronto en dirigir sus miradas hácia la  
« Francia. »

Tales son en resúmen las explicaciones que nos suministra el  
P. Gonzalvo. Pero ¿intentaba acaso el Jesuita, al hablar de este  
modo á un individuo del sacro Colegio, engañar á la Santa Sede  
por medio de plazos indefinidos para llegar á la realizacion de sus  
ambiciosos planes? La historia debe atenerse mas bien á los da-  
tos que á las insinuaciones, puesto que aquellos son mas inteli-  
gibles y evidentes que las otras.

D. Sebastian solo contaba catorce años, cuando le hicieron  
la primera proposicion de boda: á esta edad, y con el carácter  
indómito que le atribuyen los historiadores, nada tiene de extra-  
ño que se negase á formar un enlace, que por lo menos pondria  
un coto á sus caprichos. Cuando en 1571, época en que rayaba

en los diez y siete años, consintió en dividir su trono con Margarita de Valois, ya estaba comprometida esta princesa con Enrique, rey de Navarra; y por último, cuando á la de veinte y dos años pidió á Felipe II la mano de una de sus hijas, vino á frustrar su proyecto la expedición que emprendió al África. Ahora bien, en esta aglomeración de sucesos, mas elocuente que todas las hipótesis, pretendemos inquirir ¿ en dónde aparece esa virtud agreste, y ese odio á las mujeres, que se supone haber inspirado los Jesuitas á su real alumno?

Bernardo de Brito, Gerónimo de Mendoza, Vasconcellos y Barbosa Machado, contemporáneos é historiadores de D. Sebastian, no hablan de semejante acusación; y si algunos la tocan como por encima, es únicamente para destruirla con la ciencia de los hechos, y con la autoridad que se apropia el analista al escribir á vista de los que como él presenciaron los sucesos referidos.

Ya ejercían los Jesuitas, por medio de la predicación y de la enseñanza, un ascendiente incontestable en los ánimos de las masas, que iba á tomar un incremento mucho mas rápido por la confianza que les dispensaban las testas coronadas. Las duquesas de Ferrara y Toscana, hijas del emperador Fernando, no quisieron al ceñir sus sienes con las diademas de la casa de Este y de Médicis, separarse de los dos Jesuitas que habían dirigido sus primeros pasos por la senda del cristianismo. Esteban Morales era el confesor de María de Portugal, duquesa de Parma, al paso que otros Padres poseían la entera confianza de Catalina de Suecia, que les confió la educación de su hijo Segismundo: el P. Auger era en Francia el amigo y consejero íntimo del duque de Anjou, en tanto que Possevino lo era de Manuel Filiberto, duque de Saboya; por último, en todas partes, ora en el centro de las cortes, como en lo interior de las campiñas, adquirían un ascendiente, que con justo motivo empezaba á alarmar á sus rivales y adversarios.

En Florencia y Ferrara, había intentado en vano la maledicencia asestar sus ponzoñosos tiros contra los Jesuitas, con el objeto de hacerles perder el crédito de que disfrutaban; pero en Portugal fue mas encarnizada la lucha, porque las mismas pasiones del Monarca suministraron un excelente tema para las acriminaciones y diatribas.

Imputáronles cuantas faltas se cometían; los que no osaban

aventurar, como Pasquier y Arnauld, que se disponían á usurpar el trono, decían que Gonzalvo y demás consocios inspiraban al regio educando una excesiva pasión á las armas; alimentándole desde la infancia con ideas caballerescas, con el recuerdo de las antiguas cruzadas, y con la gloria que resultaba á un soberano, conquistando á los infieles en el campo de batalla.

Parécenos sin duda mas ventajoso el hacer un guerrero de un soberano, que ponerle una capucha. Este sistema habían adoptado los Jesuitas en la educación de los reyes; y aunque en el caso citado, no haya correspondido el éxito con el principio sentado, no es á este por cierto á quien deberá inculpar la imparcialidad de la historia, una vez que esta no debe obrar á ciegas como la fe.

Brito, contemporáneo del rey D. Sebastian, se expresa en estos términos al hablar de este Príncipe en su obra intitulada: *Elogios dos reis de Portugal*: « Las grandes y señaladas victorias que obtenían los portugueses, así en las Indias como en el África, y que á cada paso escuchaba el Príncipe; su carácter irascible; sus generosas inclinaciones y las sugerencias de sus aduladores, que advirtiéndole su pasión hacía la guerra no cesaban de exagerarle la pujanza de su corona; todo esto le estimulaba á meditar empresas grandes y aun imposibles <sup>1</sup>. »

¿ Quiénes eran los aduladores de que habla Brito? Segun los historiadores ingleses y de la Clede <sup>2</sup>, no pudieron ser otros mas que Alcazova, y los cortesanos que siguieron las huellas de este último.

D. Sebastian emprendió dos expediciones al África; la primera en el año de 1574, después de haber comunicado sus proyectos al P. Gonzalvo, á quien apreciaba infinito, y que poseía su confianza. Gerónimo de Mendoza que, segun Barbosa Machado, « siguió al Monarca en su funesta excursión al África, escribiendo á su regreso una exacta relación de los sucesos que había presenciado como testigo ocular, » ha conservado en su *Jornada de África* <sup>3</sup>, la respuesta del Jesuita que damos á continuación:

<sup>1</sup> *El rey Sebastian*, pág. 93, impreso en Lisboa, 1607. Vasconcellos se expresa en los mismos términos en su *Historia abreviada de los reyes de Portugal*, pág. 316, edic. de 1621.

<sup>2</sup> *Historia universal, por una sociedad de literatos ingleses*, tomo XXXIII, pág. 339: de la Clede, *Historia general de Portugal*, tomo II, pág. 56.

<sup>3</sup> *Jornada de África*, por Mendoza; Lisboa, 1607, pág. 22.

«Si me hablais, señor, con tranquilidad de ánimo y no á la ligera, os diré que deben concurrir tres cosas á la vez, para que podais pensar en hacer por vos mismo la guerra al África.

«La primera, que vean vuestros súbditos en las gradas del trono tres ó cuatro hijos varones, que vengan á ser como la esperanza de la prosperidad futura del reino.

«La segunda, que no quede expuesto el Portugal á ningun peligro ó disturbio, como resultado inmediato de vuestra ausencia.

«Y la tercera y última, que apresteis un gran número de tropas, dinero y provisiones de boca y guerra, sin que para obtenerlo os sea preciso vejar y oprimir á vuestros pueblos.»

El historiador Mendoza aventura todavía mas; en la página 22 de su mencionada *Historia*, refiere que «todos los Jesuitas se habian opuesto á la expedicion de Berbería.» Los escritores protestantes corroboran tambien este hecho<sup>1</sup> afirmando: «que la patética carta que le escribió el Jesuita Gonzalvo, contribuyó en gran manera á que regresase de su primera expedicion, que no fue menos malhadada ni menos imprudente que la segunda y última.»

Después de haber prodigado el Monarca al Jesuita Gonzalvo, cuando se hallaba en la agonía, las mas vivas muestras de su profunda veneracion, fue tan intensa su amargura al verle espirar, que contestaba á cuantos trataban de consolarle: «¿Qué quereis? no he conocido otro padre mas que al P. Luis, y estoy bien convencido de lo mucho que ha padecido por mí.»

Vistiéronse de luto el Rey y su corte; pero habiendo caído en desgracia suya, dos años después el Jesuita Martin de Cámara, porque se oponia, como el cardenal Enrique, el anciano Mascareñas y la mayor parte de los consejeros de Estado, á la segunda expedicion contra los moros, los demás Jesuitas que participaban de esta opinion llegaron á ser el blanco de la cólera del Príncipe, como lo asegura de Thou: «Contaban los Jesuitas, dice, con que después de haber hecho fracasar el proyecto de una expedicion á las Indias, no les seria difícil el impedir, segun el ascendiente que iban adquiriendo sobre la persona del Monarca, los planes que hubiera podido concebir con respecto al África; pero los hechos posteriores frustraron sus esperanzas, y desde

<sup>1</sup> *Historia universal*, tomo XXXIII, pág. 600 (Extracto de D. Juan Balna Pareda).

«entonces se les vió perder insensiblemente el gran crédito de que hasta entonces habian gozado.»

D. Pedro de Alcazova, sucesor de Martin de Cámara en la confianza del Soberano, ascendia al poder para obrar de un modo muy distinto: el primero habia rechazado los belicosos proyectos de Sebastian; el segundo debió secundarlos con el objeto de conservarse en su gracia: Alcazova siguió, en una palabra, el camino trazado por los ambiciosos. Embarcóse el Rey el 24 de junio de 1578, y el 4 de agosto del mismo año pereció en Alcazar con la mayor parte de su ejército y nobleza.

Halláronse los Jesuitas do quier que habia un peligro que arrostrar, ó cristianos que necesitaban consuelo y asistencia, ora en los campos de batalla, como en los hospitales de sangre. El Padre Mauricio Serpio, confesor del Monarca, con todos los Jesuitas, habian sido los que mas se habian opuesto á un plan tan descabellado; pero una vez que vió al Soberano resuelto á empeñar la guerra, cedió á sus instancias, siendo el primero que sucumbió víctima del alfanje mahometano, mientras que en lo mas recio del combate animaba á los portugueses á luchar como soldados de la Cruz.

Esta es la verdad de las cosas; resta ahora examinar la última acusacion lanzada contra los Jesuitas, con respecto á los asuntos del Portugal, donde concurrió una prolongada minoría con una regencia y un doble impulso emanado del contacto de ambos aspirantes á la soberanía temporal: eran estos la reina Catalina, abuela del Rey, y el cardenal Enrique su tío, que ya desde el año de 1557 se disputaban el trono. La nobleza y el pueblo, que no sabian hacer justicia á las brillantes cualidades de su antigua Soberana, formaron un partido con el objeto de poner trabas al ejercicio de su autoridad, al paso que el Cardenal infante aparentaba permanecer espectador pasivo de las intrigas que condenaba su afecto hácia Catalina. Era confesor de la Regenta el Jesuita Miguel Torres, y el P. Leon Enriquez dirigia la conciencia del Cardenal; hallándose así sometida la familia real entera á la direccion de los Jesuitas; por lo que no tardaron en imputarles que trabajaban por dividir para en seguida reinar. Los historiadores Faria, Souza y de la Clede<sup>1</sup>, se convirtieron en eco de los rumo-

<sup>1</sup> Faria y Souza, *Compendio de la historia de Portugal*. De la Clede, *Historia general de Portugal*, tomo II, pág. 50.

res que los émulos de la Sociedad estaban interesados en difundir; y si hemos de dar crédito á su version, el P. Torres se habia insinuado en el corazon de la Reina, con el siniestro objeto de investigar el interior de su alma, para en seguida participárselo al Cardenal, que se servia de aquellas revelaciones para arruinar su crédito.

Los escritores protestantes no se han dignado siquiera aventurar tamaña calumnia, bajo la responsabilidad de su honor, porque han pensado sin duda que semejante crimen era imposible en un sacerdote: y tuvieron razon en creerlo así; porque aun en medio de las apostasias sacerdotales, debidas en gran parte á las revoluciones ó á las pasiones, no se ha podido citar el ejemplo de un solo eclesiástico que haya violado, á sabiendas, el sigilo sacramental; sigilo que ha tenido tambien sus mártires, pero que jamás halló divulgadores.

El cardenal D. Enrique para atribuirse la regencia no necesitaba mas que dejar obrar á la alta nobleza y á los habitantes de Lisboa, que no se molestaban en ocultar su aversion á Catalina. Esta abandonó espontáneamente las riendas del Estado en manos de su cuñado, retirándose á un monasterio; y el nuevo Regente, mas apreciado que aquella, y no menos celoso por la prosperidad de la nacion, gobernó pacíficamente el reino, hasta que seis años después hizo proclamar la mayoría de su sobrino. Y entonces estallaron las intrigas y amaños entre Martin de Cámara por un lado, y por otro Álvaro de Castro y D. Pedro de Alcazova. Ambicionaban todos la confianza del Soberano, y el ministerio como consecuencia precisa de aquella; obtúvola el primero, favorecido sin duda por el ascendiente que su hermano disfrutaba como confesor del Rey; no siendo por otro lado infundada su pretension; puesto que como dice Ferreras en su *Historia de España*<sup>1</sup>, «era un hombre de alta capacidad,» y convienen los escritores protestantes en que «prescindiendo de su ambicion y altivez, poseia Cámara excelentes qualidades y talentos<sup>2</sup>.»

Alcazova, secretario de Estado bajo el reinado de Juan III, no pudo menos de sentir la desgracia de Catalina, como partidario suyo, atribuyéndola al Jesuita Gonzalvo, que asintiendo á los deseos del Papa hizo cuanto estuvo de su parte para que el Rey con-

<sup>1</sup> *Historia de España*, por Ferreras, tomo X, pág. 345.

<sup>2</sup> *Historia universal*, pág. 337.

sintiese en dividir su trono con Margarita de Valois, en vez de hacerlo con una princesa austriaca, como aquella deseaba. En esto estaban las cosas cuando intentando poner un término á las disensiones intestinas de la corte, ó quitar al menos todo pretexto á los enemigos de la Sociedad, se decidió Borja á separar de Lisboa á los tres confesores; pero el cardenal Enrique y su sobrino declararon que jamás consentirian en semejante separacion; y á pesar de que la reina Catalina hizo cuanto pudo por extrañarlos del reino, los Jesuitas persistieron, y el P. Torres fue nombrado rector del colegio de Ehora. El *Teatro Jesuitico*, obra en que abunda mas el talento y la sátira que la buena fe, cita una carta que á la sazón dirigió Catalina al P. Francisco de Borja; hé aquí su contenido: «Todo el reino se queja de mí, porque opinan que apruebo la conducta del Padre: veíanme confesar todos los días con su mayor amigo, y de aquí concluian que yo prestaba mi asentimiento á cuanto él ejecutaba, aun cuando estaba muy distante de aprobarlo. Para tranquilizar mi conciencia y la de los demás, me he decidido á no continuar confesándome con el Padre Torres. Quiero persuadirme de que este sugeto sentia la manera con que me trataban, con tantas veras como yo misma, así como tambien confieso que me cuesta gran dificultad el separarme del que ha sido mi guia y consejero espiritual durante tantos años...»

Este documento carece de todas las pruebas de autenticidad que exige la historia. Pero la reina Catalina, al comunicar á Francisco sus amarguras como abuela abandonada, ha sido mas justa que sus intérpretes con respecto á la Sociedad, de la que trataron de transformarla en antagonista, puesto que á su fallecimiento, acaecido en 12 de febrero de 1578, quiso ser asistida por ese mismo Torres, y legó á la casa profesa una suma considerable, un precioso relicario y la imágen de la Virgen pintada por san Lucas.

Pero, ¿será verdad á lo menos que los Jesuitas, sin aspirar á ceñirse colectivamente la corona de Portugal, pretendieron al menos colocarla en las sienas de Felipe II de España, y que después de la muerte de D. Sebastian hicieron servir el reinado de D. Enrique para poner por obra semejante transicion?

Hase dicho con bastante frecuencia en corroboracion del aserto de Pasquier, que los Jesuitas son finos y complacientes: cua-

lidades que nosotros les otorgamos sin preocuparnos demasiado su reconocimiento hácia la casa de Portugal. La gratitud en las corporaciones, como en las familias, no sobrevive mucho á la generacion que ha recibido el beneficio, y aun á veces la vemos desaparecer antes que termine la generacion, sufocada por la agitacion de los partidos y la necesidad de las situaciones. Verdad es que las corporaciones religiosas y políticas jamás establecen la ingratitud como un principio; pero tambien lo es que aparte de los deberes piadosos y los sufragios por los difuntos, olvidan con bastante facilidad al bienhechor pasado por el actual, ó para presentir el futuro. Y ¿adoptaron los Jesuitas esta regla general en las circunstancias en que dejó al Portugal la muerte del Soberrano? Sus émulos afirman que sí; ellos aseguran que no.

Luego que el Cardenal se ciñó la corona conservó á la Sociedad el mismo aprecio que en el principio de su fundacion: los Jesuitas no aparecian ostensiblemente afiliados bajo enseña alguna, aun cuando existian en vida del Cardenal una multitud de herederos que se abrian paso para sucederle. Portugueses la mayor parte, debía inspirarles una repulsion nacional cuanto pertenecia al nombre español; y en ese caso, ¿pudieron apoyar las pretensiones de Felipe II, que solo les era favorable á la pura fuerza? Tampoco podrá decirse que se pusieron del lado del duque de Braganza, porque ni ostentaba el valor de un nuevo fundador de dinastía, ni la audacia propia de un conquistador; y la prueba de ello es que era del partido del rey de España, y sea por timidez, ó por indolencia, no disputaba esta corona sino por tranquilizar su conciencia.

«Efectivamente, dice de Thou<sup>1</sup>, este Duque, que conocia su «debilidad, empezó á creer que le seria mas ventajoso asegurar-  
«se la proteccion de un príncipe tan poderoso como Felipe, en  
«vez de obstinarse en sostener unos derechos que no estaba muy  
«seguro de llevar á cabo.»

No podia presentárseles ocasion mas favorable á los Jesuitas para declararse sucesores del Cardenal, que no veia por otros ojos ni escuchaba otros consejos. Por otro lado habian tenido oportunidad de medir al Duque de piés á cabeza, y le habian conocido tan pusilánime como le describe de Thou; razones todas que no

<sup>1</sup> *Historia universal*, por M. de Thou, tomo VIII.

permitian á unos hombres sensatos contar con un pretendiente que solo trataba de hacer valer sus derechos por medio de precauciones meticulosas. Dejaron, pues, marchar las cosas á merced de los sucesos, permaneciendo absolutamente neutrales. Fue tan evidentemente justificada su neutralidad, que en Madrid y en el Escorial eran acusados de favorecer, en union de los franceses, á D. Antonio Crato, competidor de Felipe; al paso que los perseguian en Lisboa y Coimbra como partidarios de este último.

El General de la Compañía ordenó á Enriquez, confesor del anciano Monarca, que no se entrometiese en ningun asunto político<sup>1</sup>; y temiendo los Jesuitas que con la llegada á Portugal del español Luis Guzman, á quien acababa de conducir el duque de Osuna, embajador de Felipe, pudiesen improvisar en su nombre una nueva enseña, suplicaron al General que le mandase regresar á España, «no sea, decian, que opinen que se ha pre-  
«sentado en esta para sóstener los intereses del monarca es-  
«pañol.»

Los Jesuitas se oscurecian con tanta abnegacion y tal arte, que ni aun se acordaba Felipe de echar mano de ellos para demandar al rey de Portugal lo que ambicionaba obtener por sí mismo. Así que, cuando el Rey, cardenal y sacerdote, solicitó del Papa una dispensa para poder contraer matrimonio y continuar de este modo la raza de Manuel el Grande, que venia á extinguirse en él; se opuso con tenacidad la corte de España al proyecto de Enrique, enviando para disuadirle, no ya un Jesuita, sino al dominicano Fernando del Castillo.

Tres concurrentes se disputaban á la vez el trono de Portugal; pero sus respectivos derechos, prescindiendo del de la fuerza invocado por Felipe II, no eran tan claros que no permitiesen lugar á la duda. En nuestras ideas modernas, el principio de legitimidad no queda ya expuesto á semejantes conflictos, porque los estudios políticos y la ciencia de los hechos le han comunicado una vitalidad de que entonces carecia; mas en lo que respecta á los Jesuitas, es cierto que se les vió ofrecer á los príncipes algunos consejos concernientes á la administracion, especialmente cuando se hallaba de por medio el interés de la Iglesia ó de la fe; pero jamás formaron parte de los clubs en que se forjaban las in-

<sup>1</sup> Franco, *Sinopsis annalium Societatis Jesu in Lusitania* (1576).